

## 044 Celos por Bernard de Montreal

Por celos. No hay mayor trampa para el ego que esta falsificación del amor, que de hecho no es amor, sino posesión del otro porque mantiene vivo el miedo a estar solo. Los celos optan por no dejar que nadie lo sepa, para que uno pueda cuidar de sí mismo, incluso a costa de no ser perfectamente amado. Los celos son el colmo de la desesperación no revelada creada en el que verdaderamente cree que ama la vanidad de su deseo, es decir, la vanidad de creer que él o ella es indispensable para la vida del otro.

El que está celoso en el amor sólo se preocupa de sí mismo, de sus posibilidades. Pero los celos no sólo se encuentran en el amor, sino también en la pasión por las cosas, donde descubrimos la competencia de los egos. El éxito de uno puede llevar a los celos en el otro, pero otra categoría de celos que no pertenece tanto a los sentimientos como a actitudes como la envidia. La envidia es un tipo de celos, un tipo de celos que se manifiestan en sí mismos, pero que permanecen silenciosos, ocultos en lo más profundo de sí mismos y cuyo rostro rara vez aparece en los sentimientos de la vida.

El deseo quiere copiar al otro, quiere amantarse por sus deseos irreconciliables, con la vida de sí mismo, de lo que el otro ha podido dar a luz a las posibilidades de su propia vida. Si volvemos a los celos en el sentimiento del amor, esta flor de amor infantil, de amor sin poder, porque carente de inteligencia y sentido común. Vemos que hace que en la persona que es portadora, una serie interminable de sentimientos y pensamientos, que añaden su presencia a una especie de deseo, creen entre uno que siente que realmente ama y el otro, una tensión, una especie de rechazo psicológico para atraer por este engaño a la persona por la que uno quiere ser amado a toda costa.

Si los celos exceden la normalidad, dejan de ser simplemente un sentimiento sin razón, para convertirse en una especie de falta mayor, en el tono general del temperamento. Y con el tiempo se va configurando cada vez más, para convertirse en la marca propia de esta personalidad que ya no puede vivir sola, es decir, sin la ayuda que el otro puede proporcionar, en el objeto del falso amor. Aunque el amor sea sincero o incluso grande, no puede ser real, porque está hecho de debilidad y esta falsificación del amor sólo puede terminar en fracaso, porque el alma siempre utiliza las debilidades del ego para hacerla sufrir, para hacerla evolucionar, para que pueda evolucionar y registrar cada vez más una variedad de experiencias relacionadas con este sufrimiento.

Si el ego, el hombre planetario, conociera las leyes del alma, vería fácilmente que es sólo un retrato robot en la evolución del alma y que mientras siga siendo un retrato robot, no puede ser cósmico, es decir, libre de las condiciones que le impone el alma para suscitar en él experiencias que servirán a otros planos de la vida, a otros seres que vendrán en algún futuro a habitar un cuerpo material.

Y el circo de la vida continúa hasta el día en que el hombre comprende que todo lo que viene de él y le hace sufrir viene de una falta de inteligencia y de voluntad. Mira a los que sufren de celos y descubrirás una falta de inteligencia y voluntad, que en el lenguaje popular se puede llamar sentido común.

Los celos, en efecto, son una vibración que penetra en la mente y en las emociones del hombre y lo somete a una variedad de emociones y pensamientos, que lo convierten en un títere, no del otro, sino de sí mismo y este mismo nunca es real sino ficticio, es decir, que se da a sí mismo la apariencia de su sentimiento para no enfrentarse a la música de la vida, la música que le canta la realidad de su situación, si tan sólo la escuchara y la escuchara.

Pero no, no quiere escuchar, porque sabe muy bien que tendría que ir más allá en su experiencia y esto requiere fuerza, carácter, voluntad e inteligencia. Los celos son tanto más difíciles de superar que la víctima, que no suele darse cuenta de que la propia condición de su vida, con respecto al otro, crea esta situación y que el otro no está menos infectado, aunque no se vea afectado en el mismo grado.

El que sufre de celos no se da cuenta de que hay aspectos en él que crean contratiempos para el otro y es sólo en la profundización de este estudio de sí mismo que uno puede y debe entender por qué el otro vive en un contratiempo con respecto a sí mismo. Pero los celos no siempre son ardientes, a veces se esconden detrás de un miedo velado y tácito de perder al que amas por otro o por alguien más grande que tú, en algún campo de experiencia.

Y este tipo de celos, reforzados por la inseguridad de uno mismo, hacia otros seres que pueden entrar en contacto con la persona que amamos, crea una inseguridad en uno mismo que puede enfermar a la larga, especialmente si uno se da cuenta por razones ficticias de que no tiene el material necesario, que descubre en la experiencia de las grandes conquistas.

El que sufre de celos no sufre tanto por no ser amado, como le gustaría serlo, sino por su incapacidad de liberarse de su sentimiento sincero, basado en un falso amor, es decir, un amor que no puede vivir, porque no está presente, es decir, es sólo el reflejo de un espejismo que su deseo quiere mantener en el campo de la vida, mientras que la vida es sólo un campo de experiencia, que sólo la voluntad y la inteligencia real pueden surcar y arar al mismo tiempo.

Si el hombre viviera en inteligencia y voluntad supramental, rápidamente vería a través de los velos impuestos por el alma y se desentendería sin restricciones de los dolores causados por un amor basado en la debilidad. Fácilmente vería que el amor celoso no es amor real, aunque es sincero y entendería que la sinceridad es el color astral de la emoción y no es necesaria donde hay inteligencia y voluntad real. Él vería que el ser consciente no necesita sinceridad para amar, ya que el amor consciente no se basa en el sentimiento del hombre por la mujer, sino en el vínculo de sus mentes.

Y el acuerdo entre sus mentes y los sentimientos mutuos que tienen el uno por el otro en el afecto de sus vidas. Porque de hecho, donde hay amor consciente, no hay afecto ni sentimiento, porque el afecto es la naturaleza inteligente del amor, mientras que los sentimientos son la naturaleza astral y planetaria del amor.

Donde hay un sentimiento de amor, hay un descubrimiento de uno mismo y una búsqueda del otro, para facilitar este descubrimiento. Mientras que en el afecto del amor sólo hay desprendimiento de uno mismo hacia el otro, para hacerle sentir la presencia del amor, es decir, la presencia de la mente de uno, que se une a la mente del otro a través de la demostración emocional e inteligente del amor consciente.

Pero los hombres no están casi universalmente en esta experiencia de amor consciente, porque todavía tienen mucho que aprender del sentimiento de amor, del falso sentimiento de amor y del falso sentimiento de amor, que impide que un ser ame a otro ser sin poseerlo de ninguna manera. Para amar conscientemente, hay que beneficiarse de la inteligencia interna, de esta inteligencia que ilumina, pero que no aburre por ningún motivo, porque está libre de las pasiones del ego, de los sentimientos del ego.

Los celos le dan a la persona afectada un sentimiento de no sentirse en su amor por el otro y esto es una trampa, porque aunque esto es cierto, todavía hay un elemento faltante que impide la unión de los dos seres y este elemento faltante, tal vez no esperado porque ya no es parte del plan de vida de la pareja que sufre en el amor. Entonces sólo queda por comprender que si hay un elemento faltante que eleva esta pasión en un partido, éste debe elevar su mirada más allá del límite emocional que se crea a sí mismo, para ir más allá en la búsqueda del equilibrio deseado y deseable.

Pero con demasiada frecuencia los que sufren anormalmente de celos, se condicionan a su condición y la sufren por largos períodos de tiempo, porque no tienen la voluntad interior y la inteligencia lo suficientemente desarrollada como para redirigir sus vidas y reestabilizarlas en un nuevo contexto, estas personas corren el riesgo de perderlo todo, porque donde los celos traen sufrimiento, no crean felicidad tampoco. No es útil para el hombre o la mujer celosa mantener la esperanza o la amargura. Porque estos dos aspectos del dolor sólo pueden llevar al fracaso.

La vida es una confrontación entre emoción e inteligencia y la mayoría de las veces la emoción es la ganadora. Pero si la inteligencia se manifiesta por encima de la emoción, la atraviesa y destruye su inutilidad, esa clase de inutilidad que sirve bien a la evolución del alma, pero destruye al hombre, al ego. Y mientras el hombre no haya dejado de hablar de las antiguas concepciones de la vida inconsciente y sufriente, no podrá beneficiarse de lo que es, es decir, de lo que puede ser cuando está en poder de la inteligencia y de la voluntad superior en él.

De esta luz que ilumina todo, incluso los cuadros oscuros, pintados por la emotividad y la inseguridad del ego. Mientras los celos roan, destruyen las fibras de la voluntad y debilitan la luz de la inteligencia en el ser, de modo que con el tiempo, el análisis, el razonamiento y todas las formas sutiles de estupidez, llegarán a la ayuda de un ser agotado en inteligencia y débil en voluntad.

El hombre está en el plano material para vivir y no para morir, para vivir bien y no para sufrir. Pero la inteligencia y la voluntad están tan por encima de sí mismo que sólo su emocionalidad reina y sólo su lamentable soledad consigue darle la subsistencia de una vida a la que sólo tiene derecho por debilidad. El ser que se hace consciente debe romper las cadenas de sus ilusiones, sus grandes y buenos sentimientos falsos, especialmente los que sienten sinceridad en exceso y matan su vida, porque el ser ya no tiene la voluntad, ni la inteligencia de la vida como debe ser vivida.

Son celosos, aquellos que no han entendido que el hombre centrado y consciente no necesita el sentimiento de ser amado para vivir, a menos que sea verdaderamente amado. Y un ser que es verdaderamente amado no puede sufrir de celos, porque la causa ya no está allí, pero si hay una causa es desarraigada y no enmascarada como se hace con una pared de yeso donde ya aparece la grieta.

Se puede decir que la pared ha sido reparada, pero una pared reparada nunca es como una pared en perfectas condiciones. Y mucha gente vive un amor que está siendo constantemente reparado. Y se preguntan, tontamente, por qué el aire fresco continúa de vez en cuando pasando a través de la grieta. Pero el ser celoso no conoce la inteligencia, sólo conoce su amor sincero, pero de todo su amor basado en la inseguridad de su vida, ¿por qué? Porque la voluntad y la verdadera inteligencia aún no se han realizado en él.

Los celos tienen un rostro que esconde maniobras que pueden congelarse fácilmente en la culpa, el que es la víctima. A menudo el ser celosamente amoroso amenaza a su pareja, para acercarla a sí mismo y estas amenazas de todo tipo pueden llegar fácilmente a una pareja débil en voluntad e inteligencia. La culpa caerá fácilmente sobre el tablero de sus sentimientos disminuidos y el juego puede arriesgarse a arrastrarse por el bien de los dos rehenes de la debilidad.

Pero como todo lo demás, los celos se curan, para cualquiera que lo desee, y uno de los mejores remedios es la comprensión de que si no eres amado como un igual, no debes perder tu tiempo, tu energía y vivir con esperanza e ilusión. Tienes que levantarte y caminar, avanzar y no volver a mirar atrás. Pronto nos damos cuenta de que el mundo está lleno de seres que se ofrecen a amar, mejor que el que dejamos atrás. Y la vida comienza de nuevo.

Pero no es fácil vivir con esto, porque amar sin ser amado a cambio, nos afecta tanto en nuestro propio amor, que el ego no quiere admitirlo, no quiere enfrentarse al juego de la vida. Crees que estás perdiendo y no quieres perder, y es precisamente aquí donde realmente pierdes. Porque en la vida hay que perder algo para ganar algo más. Es una ley de vida, hasta el día en que se llena de inteligencia y voluntad real, ya no se puede perder, porque ya no se está apegado a nada que valga la pena poseer o perder, ni siquiera el amor de un ser. Porque finalmente, el amor de un ser por otro es sólo un intercambio y si hay intercambio, el tiempo es mejor, pero si no hay intercambio, muy mal, nos levantamos y caminamos más lejos, así es la vida.

La desgracia de los celos es la enorme pérdida de energía emocional que experimenta el no amado y esta pérdida de energía sólo empeora con el tiempo, porque el no amado siempre será desamorado, y esta pérdida de energía no puede equilibrarse porque domina la parte más sensible y débil del hombre, el corazón, lo que conduce a la pérdida del espíritu, es decir, de la energía vital en el cuerpo astral. Esto reduce la vitalidad del ser y le perjudica porque sus posibilidades se detienen y su poder de vivir disminuye según su apego al amor débil, que ha mantenido durante tanto tiempo.

El amor verdadero es fuerte, nunca es débil y si hay debilidad en vuestro amor, no es amor verdadero, es el sentimiento de amor ya alcanzado por el óxido que se instala en los celos. El equilibrio entre dos seres no puede ser reducido o destruido, si el amor se encuentra en la mente. Pero donde el amor se encuentra sólo en el sentimiento, siempre existe la posibilidad de los celos, porque los celos son el sello del amor en el sentimiento, ya que es a partir de un sentimiento mal formado que nace.

Los celos tienen un efecto diferente en los hombres que en las mujeres. El hombre celoso es herido en su ego y su orgullo lleva la marca de ello, porque el hombre siempre se ha reservado el derecho a poseer, mientras que la mujer, que es celosa, sólo es celosa por omisión de su derecho a poseer. Y si es celosa, su sufrimiento no la golpea en su orgullo, sino en su derecho, en la sinceridad de su amor. Entonces los celos de la mujer son mucho más sanos y razonables que en el hombre, aunque siempre son un límite en su inteligencia y en su voluntad real.

Mientras que el hombre celoso interviene con ira, la mujer celosa interviene con lágrimas y ambos seres son culpables de falta de inteligencia y de voluntad real. Aunque los celos son normales en todo ser razonable y planetario, se vuelven irracionales en todo ser inteligente y voluntario, porque no dependen de la realidad en el hombre, sino de lo ficticio, sincero o irrazonable según su elección. Donde los celos se arraigan profundamente en un ser, uno no debe buscar pelearse con él, porque esta aflicción es grande y profunda. Sobre todo, debemos ayudarlo a entender y ver con claridad.

Los celos obstaculizan el desarrollo normal y natural del comportamiento de la persona afectada, porque sin saberlo destruye la voluntad de desatarse, es un círculo vicioso, sin voluntad no se puede hacer nada y los celos lo destruyen. Entonces, ¿cómo salimos de esto? Pues bien, la vida se ocupa de ello, porque aunque uno sea celoso, el otro también es víctima, pero de una manera diferente y es a menudo el otro el que obliga al celoso a ceder a lo inevitable, a derrotar. Entonces la vida será oscura por un tiempo, pero comenzará de nuevo en un futuro cercano.

Los celosos nunca ven el amanecer porque su sentimiento de amor traicionado, le quita toda la energía que necesita para ver un mañana. Pero aunque su debilidad está a la altura de su falta de voluntad, debe despertarse un día, sorprendido por su liberación y contento de haberse dado cuenta de que finalmente se había vuelto loco de dolor.

Los celos permanecerán entre los hombres mientras no hayan comprendido que el amor humano, el amor planetario, el amor a los sentimientos y en los sentimientos son hábilmente medidos por los dioses, por las fuerzas del alma y que esta medida es siempre a la medida de la inteligencia y de la voluntad real, mientras los hombres no estén en la inteligencia y en la voluntad real, es el alma en ellos la que dictará, sin su conocimiento, la medida de su sufrimiento y la medida de su alegría.

Por eso el hombre debe inevitablemente, en el curso de la evolución futura de la humanidad, transformar completamente su punto de vista. Es decir, su punto de referencia con respecto a la vida y a lo que le presenta, para finalmente poder transgredir de manera inteligente y voluntaria las antiguas y astrales leyes de su comportamiento social. De lo contrario, puede permanecer en pleno pie en la arena movediza de la experiencia y no abandonarla nunca, pues la vida tal como la conoce el hombre planetario no está bajo su control, puesto que el libre albedrío es una de sus ilusiones. Para que el hombre viva, debe morir, para que la experiencia ya no le sirva, debe estar en inteligencia y voluntad y no en emoción e intelecto.

Los celos son un estudio profundo de la moral del hombre y revelan que el hombre en sus celos es el hazmerreír de los dioses, las fuerzas del alma y nada menos que él mismo puede salir victorioso de este circo teatral donde la bestia, el hombre, se come a la bestia, al hombre.

Porque en el fenómeno de los celos, el ser celoso se alimenta del ser que no lo ama o lo ama mal y el que lo ama mal, vomita el alimento que alimenta al otro, tal ser es infeliz y causa infelicidad en su casa, porque todo lo que hay en ellos y alrededor de ellos está envenenado.

El veneno no mejora y el resultado es el odio, ya sea que odies la debilidad o la ira, es lo mismo. El celoso llega a odiar porque su amor ya no se piensa, se ha precipitado, se ha convertido en odio y el que amaba mal y a veces se sentía culpable ahora sólo siente asco, porque ha visto durante la experiencia que la media lo destruye. Y quiere salir del amor celoso del otro. Se da cuenta de que es hora de irse. El tiempo arregla las cosas y todo vuelve a un nuevo orden.

El celoso permanece solo, lamiendo sus heridas, pero no cerrando la puerta a un amor más feliz, sino permaneciendo cauteloso en su expectativa. El otro no podía creer que sus ojos, ni sus oídos, hubieran sufrido tanto tiempo por haber sido amado por un hombre celoso, mientras le daba la espalda a la apoteosis del otro. Que la vida es divertida y aparentemente contradictoria, no lo creas. No hay contradicción ni absurdo en la vida, sólo la ausencia de inteligencia y de voluntad real en el hombre.

Si la vida creó los tres reinos inferiores en tal armonía, ¿por qué habría contradicción o absurdo en el cuarto? ¿Es culpa de la vida humana o de la ignorancia? La respuesta está escrita en tu cabeza, no la busques en tu corazón, puedes comprometerla. Los celos contienen cuatro vicios, es decir, están formados por cuatro elementos que dañan al hombre. Inseguridad, esperanza, sinceridad y sentimiento. Estos cuatro elementos, todos desde la perspectiva de la conciencia supramental, definen la razón. ¿Por qué los celos son un ser infeliz? Y por qué su desgracia debe perdurar, mientras no haya eliminado de su vida estos cuatro elementos que conforman su regla de juego, es decir, la decadencia de la inteligencia y de la voluntad.

Los celos no sólo son un defecto de carácter, sino que también representan una constante contricción del hombre. Una degeneración de su individualidad, que no lo lleva a ninguna parte, ya que el ser celoso nunca puede vivir su amor en asociación con el otro, como iguales, porque el otro no lo ama. Si un ser se despierta un día y siente celos en él, sería mejor que ese ser se detuviera por un momento y se viera a sí mismo en la mente del otro y mirara fríamente si el otro es la causa o si él es la causa.

Y en ambos casos tendrá que informarse, porque si él es la causa, el otro lo abandonará por asco. Y si la otra es la causa, ya la está dejando atrás. De una forma u otra, tendremos que abrir un nuevo libro y probarlo en otro lugar y de una manera diferente. A menudo el ser celoso requiere que la otra persona le muestre algunos sentimientos para tranquilizarle, pero ¿no piensa de manera realista que quizás la mente de la otra persona evita tal serenata, porque siente que está por debajo del verdadero significado de su amor, en el sentido de que no siente o no siente la necesidad de tener que probar siempre que ama, de tranquilizar a la persona que está celosa? Es un desperdicio de energía.

Un verdadero amor no requiere serenata, estas encantadoras formas de amor sólo sirven para fortalecer contra el tiempo a menudo algo debilitadas murallas y tales fortificaciones, aunque temporalmente reconfortantes, para aquellos que sufren de celos, no representan ninguna seguridad real para él, porque el amor no está ordenado, el amor entre dos seres está determinado por fuerzas por encima de ellos mismos y es sólo cuando están en la inteligencia de estas fuerzas, que sus vínculos se convierten cada vez más en una sustancia y definen sus relaciones futuras.

El ser celoso quiere constantemente que se le demuestre que el amor del otro por él está intacto. Y esto es irreal, porque mientras el hombre no esté en la inteligencia y voluntad de su vida, ésta sólo será un campo de experiencia utilizado de todas las maneras, en todos los pasos hacia la perfección de su conciencia emocional y mental.

Creemos que estamos solos a nivel material, cuando nuestra soledad, nuestra identidad, sólo es real cuando se entiende en el marco de la relación con las inteligencias que nos guían, sin que podamos intervenir conscientemente en la comprensión de sus actividades.

Es entonces cuando estamos solos, sin estar solos, porque ya no sufrimos de inseguridad hacia el otro. Cuando penetramos el velo de nuestra vida, vemos muy claramente que nuestros celos venían sólo de la falta de inteligencia y de voluntad y que nuestro amor sincero era sólo un medio para hacernos sufrir en nuestra condición humana. Pero el hombre debe un día liberarse de su condición humana y ver las cosas tal como son; entonces se da cuenta de que aunque no sea amado, ya no importa tanto y que todo cambia, todo se transforma y que ya es hora de mirar hacia otro lado, de ver hacia otro lado, para continuar sin pérdida de energía, el camino de la vida que queremos vivir conscientemente y no por costumbre.

Mientras el celoso no haya visto la estupidez de sus celos, no podrá descubrir la llave de la vida que puede abrirle la puerta del verdadero amor, porque siempre estará dominado por los cuatro elementos que permiten que los celos destruyan en sí mismos y en el otro la posibilidad de estar unidos en el espíritu, es decir, unidos más allá de nuestras debilidades de carácter. El hombre debe comprender que la vida inconsciente en el globo es una dominación y que toda la experiencia emerge de esta dominación y mientras no la haya entendido debe sufrir esta condición humana.

Debe entender que la inteligencia y la voluntad real son los únicos pilares de la vida terrenal y que cualquier maniobra fuera de estos dos principios sólo puede traer amargura a él, sin importar el razonamiento o sentimiento que desee traer. Siendo los celos la gran enfermedad del amor, es también una de las grandes enfermedades del hombre, porque proviene de su debilidad, de su falta de individualidad real y sirve para fortalecer su sentimiento de sinceridad. El hombre debe recomponer la importancia de su voluntad y de su inteligencia frente a la experiencia que debe ser superada para poder ser libre, en sí mismo y en el otro.

Los celos lo mantienen en el hombre, mientras no se dé cuenta, de su locura de amar, es decir, de su locura de amar mal y de ser mal amado, es decir, de su locura de tener que ser amado, para ser él mismo. Este es el colmo de lo absurdo del sentimiento del hombre hacia la mujer o viceversa, porque en lugar de engrandecer a estos seres entre sí, los disminuyen en su estatus, ya que ya no tienen poder por sí mismos.

Los celos existen porque el hombre tiene miedo de estar solo y su soledad es ficticia porque el hombre nunca está solo, pero el precio de descubrir su realidad no puede ser fijado por los celos, porque debilita su inteligencia y bloquea la energía emocional que debe ser liberada, para permitir que la inteligencia ilumine la experiencia y la reposicione, en un entorno real, para que el ser celoso altere su comportamiento egocéntrico, para adoptar un centrismo resistente a cualquier experiencia en la que la inseguridad sea hija del miedo y del miedo a la soledad.

Dos seres amorosos juntos, no pueden construir si a uno de ellos no le gusta, es simplemente que la experiencia debe ser rectificadada o tomar otra dirección. La conciencia supramental separa al hombre de su pequeñez de mente, produciendo desde un estado emocional condicionado y subjetivo hasta una personalidad atrapada. Esta gran conciencia abre al hombre a sí mismo, de modo que ya no puede ser cegado por los mecanismos que afectan su realidad y la disminuyen. Es decir, vital en relación a otro, que si hay un intercambio igual, cualquier otro contrato es una mortificación y sólo sirve a la experiencia del alma, a expensas del ego, pero es el ego el que debe dominar la vida y no el alma.

Es el ego consciente el que tiene poder sobre la vida y no el ego inconsciente. Y conciencia significa, unión activa de inteligencia y voluntad supramental. Los seres que viven por amor humano nunca pueden conocer el amor cósmico o el amor real, porque sus sentimientos siempre van en contra del verdadero significado de la vida. Siempre estarán tristes, porque la vida inconsciente no tiene alegría permanente y cualquier felicidad irreal es temporal.